



LA SANGRE Y SUS ESTATUAS, por *Andrés Sabella*. — Imprenta
Sur. Santiago, 1940

Es bastante difícil hallar un libro de poesía como el presente, tanto por el contenido como por la forma expresiva. Y difícil encontrar en estos tiempos un poeta tan sincero y auténtico como Andrés Sabella.

El autor de «La sangre y sus estatuas», ama la poesía y comenta toda obra poemática reciente, y escribe a diario para su libro «Algunos años de poesía», que conocemos y esperamos su publicación porque será un aporte serio y valioso para nuestra literatura.

En nuestro ambiente ¡cuántos jóvenes se consideran poetas! y sus nombres son citados por amistad o simpatía personales, en los diarios y entrevistas literarias, y sobre todo en ciertos grupos que viven de los problemas y gestos literarios sin ser escritores. Hay, sin duda, engaño, incomprensión, en tomar en cuenta estas figuras. Por otra parte reconocemos que es difícil distinguir los valores auténticos de los falsos. Y esto conduce al confucionismo y a la desorientación de los incapaces y sin sentido estético. Pero desbrozando aquello que raya en el disparate hay que reconocer que el período actual de nuestra poesía es rico y de significación.

Hoy la mayor parte de nuestros poetas jóvenes se acercan al lema: Literatura y Política. Ellos se muestran como responsables de la realidad social en la literatura de nuestra época. Uno de ellos, Andrés Sabella, con «La sangre y sus estatuas» confirma el lema. Las ideas sociológicas son el motivo y alimento de su poesía. Y es la poesía la que embellece sus ideas de fuerte y noble acción revolucionaria. Es de imágenes y luchas la atmósfera de su libro, de símbolos y sangre de luchadores. El

canto y la revolución nacen en el poeta al pensar «en los millares de explotados que murieron por la justicia y la libertad». Sabella da sus nombres y les canta con nobleza y varonil emoción. El poeta es el hombre que vive y siente la miseria de las clases trabajadoras, y reconoce y palpa y vibra ante los hechos inhumanos como las matanzas de obreros, ante la explotación, ante el héroe anónimo, ante el encarcelado injustamente y el asesinado envuelto en su ideal de justicia y solidaridad humanas.

Veamos cómo interpreta la Revolución:

« Muchos hombres se preguntan cómo es la Revolución
y alargan sus ojos por verla hasta el horizonte mismo.
Y no saben que ella está a su lado,
en los muelles... cerca de las frutas extrañas y las barras de cobre;
en la dulzura de las espigas que equilibran el día;
en las blasfemias de humo que claman las chimeneas;
en el fuego clandestino de los tipos de las imprentas ilegales;
en la negrura de las minas, irradiando como una piedra preciosa;
en la agresividad de las armas ocultas,
calladas lo mismo que las tormentas en los calendarios;
en las calderas de los barcos—con una gota de océano en los
[ojos; etc...]
Oh, Revolución, compañera espléndida, madre del sol,
hembra magistral de caderas capaces de aguantar el embarazo
[de un mundo; etc...]
los burgueses dicen de ti: Gran perra!
porque vives entre hombres y millones de brazos te ofrecen su
[aro de amor; etc... »

Sabella, va recogiendo y lanzando los elementos con exaltación y siempre usados con desenvoltura y calidad literaria.

En otro poema «Pies de explotados», mira y con dureza nos da su impresión amarga y bella:

« Yo los he visto—muchas veces—vendidos
lo mismo que animales quebrados,
lo mismo que pedazos de un planeta monstruoso,
lo mismo que corazones reclusos bajo una costra de mugre.

Yo los he visto llenos de callos,
de callos que parecen flores duras,
de callos donde la muerte extrae
sus tintas amarillas y su rigidez extrema».

En la segunda parte del libro «Palanca» encontramos las evocaciones de José Domingo Gómez Rojas, poeta encarcelado y muerto a los 24 años; de Luis Emilio Recabarren, la primera figura revolucionaria comunista; de Manuel Anavalón, maestro fondeado, de Manuel Fuentes, etc. Estos cantos que consagra a las figuras más sobresalientes de la lucha de clases, poseen indudable calor humano y evidente lirismo.

En la parte tercera «Punto de apoyo», Sabella toma algunos motivos de su tierra natal: Antofagasta. Es en esta parte donde logra su más pura expresión poética. Veamos el cuadro armonioso y suave de «Los tejedores de redes»:

« Este es el rudo mar del Norte, el que acaricia la soledad de
[sus desiertos.
Los tejedores de redes están juntos a él, las piernas como rie-
[les perdidos en la arena.
Sus manos llevan un ruido seco, la madera presurosa.
Las redes tiemblan lo mismo que una marea siniestra, deteni-
[da—ahí—para los ojos del cielo.
dialogan los hombres y sus redes.
El golpe de las agujas impide oír lo que se dicen: quién pudie-
[ra escuchar!
Ellas se saben de memoria el mar».

Así es uno de los mejores poemas del libro. Hay otros en esta tercera parte dignos de citarse, tanto por la estructura, la fuerza y el hálito que los ilumina.

En la parte «Las banderas sedientas», nos encontramos ante otro bellissimo canto «Yo vivo para un tiempo» dedicado al poeta Juan Negro. Es en este poema donde Sabella luce su dominio lírico, y es donde azula su voz llena de esperanza por un futuro benigno, humano y justo.

Saludamos a Andrés Sabella como al poeta que vive en el corazón de su tiempo, al poeta que ama la poesía y levanta su voz combatiente como un himno a los días mejores y años más dignos de vivir.—FRANCISCO SANTANA.



VERDE Y AZUL, por *Eduardo Luquin*.—La Haye (Pays-Pas) 1939.
Oficinas Gráficas «Halcyon»

Este breve y hermoso libro de Eduardo Luquin, hace pensar en el caso de un hombre que viaja sin un propósito determinado, y que absorto en sus meditaciones, es solicitado de pronto por la realidad que penetra en su espíritu como un rayo de luz exterior para iluminar su interna soledad. Y entonces como el mismo lo dice, «su espíritu es la tela del paisajista» que capta los matices del color, y la emoción humana que anima su visión.

No es Luquin un descriptor objetivo de la naturaleza. Es más bien una antena que recibe e interpreta con sutil percepción las vibraciones de la realidad circundante. Su impresión no estalla hacia afuera como torrente de emocionadas imágenes, sino, que las vierte en el tamiz de su sensibilidad para reflejarlas después, en poéticas disquisiciones en las que la naturaleza tiene también un alma humana para sufrir y para gozar. Pero en esta antropomorfosis del paisaje hay finura psicológica, curiosa y originales atisbos que reflejan estados de alma, identificados con el